

La nación como pronombre: ciudad letrada y fragmentación en el Ecuador regional del siglo XIX

Ximena Margarita Grijalva Calero*

No hay documento de cultura que no sea a la vez un documento de barbarie. Y así como éste no está libre de la barbarie, tampoco lo está el proceso de la transmisión a través del cual los unos lo heredan de los otros.

Walter Benjamin

* Ximena Margarita Grijalva Calero (Quito, 1969) es catedrática de las materias de Semiótica y Gramática del Español en la FACSO de la Universidad Central del Ecuador y actualmente está realizando un doctorado en literatura y estudios críticos con la Universidad Nacional de Rosario.

Correo: xmgrijalva@uce.edu.ec

ORCID: 0009-0002-8760-479X

Fecha de recepción: 1 de Dic. 2026

Fecha de aprobación: 7 de Dic. 2026

Resumen

Este artículo sostiene que la conformación de la nación ecuatoriana es un proceso complejo acompañado de la desarticulación que vive la “ciudad letrada” tras el fin de la colonia. El debate sobre la función de las élites intelectuales y su papel histórico en la configuración política de los estados latinoamericanos fue propuesto por Ángel Rama y es fundamental para entender obras fundamentales de la literatura ecuatoriana como Cumandá o la Emancipada. Las dos novelas son el resultado de las propuestas de los grupos letrados regionales de Ambato y Loja en un país fragmentado. Ambas novelas, además, coinciden en que la nación debe gestarse como proyecto, en primera instancia, católico y blanco; alrededor de estos dos valores, giran el resto de valores nacionales como: civilizado, te-ratleniente, modernizador y racista.

Palabras clave: ciudad letrada, Cumandá, la Emancipada, Estado nación.

Abstract

This article proposes a definition of literary imaginaries based on two theoretical approaches. On the one hand, Mieke Bal's proposal to conceive artistic creation and cultural analysis through thinking with images; and on the other, Cornelius Castoriadis's definitions of social imaginaries and Marina Garcés's notion of counter-imagination. Both approaches consider the imaginary as a space of collective thought, socially and historically constructed and transmitted, yet open to transformation through art. The article suggests that literature is one of the most powerful artistic forms for creating imaginaries that question collective thought and intervene in reality. Through the survey of several contemporary literary imaginaries, the political potential of literature to reproduce, counter-imagine, and transform today's society—affected by the crises associated with the Anthropocene—is demonstrated. Finally, Cristina Rivera Garza's concept of necrowriting is presented as a literary strategy that makes imaginaries of death visible in an increasingly violent and desolate society.

Keywords: *literate city, Cumandá, the Emancipated, Nation State.*

Introducción

Cuanto Walter Benjamin se interroga con relación al pasado, no deja de sentir que cuestiona al presente (2008, p. 19). Esta misma idea atraviesa a todos quienes trabajan en las diferentes ciencias sociales; en mi caso, cuanto interrogo a la literatura ecuatoriana decimonónica, lo hago desde el ahora (Benjamin 2008, p. 21). Me mueve la búsqueda de reconstruir el pasado, que permitiría dinamitar ciertos relatos hasta ahora considerados como verdaderos e incuestionables.

Esta relectura de la literatura ecuatoriana del siglo XIX busca visibilizar los espacios vacíos –los olvidos–, que ha dejado la teoría genealogista de la literatura (Cabral 2012, p. 2). La idea es acabar con la certeza y proponer las bases para comprender la literatura inserta en una sociedad heterogénea, fracturada, en disputa, en resistencia o en debate discontinuo sobre el tránsito de un Estado Colonial a un Estado nación (Torres 2020, p. 16). Una nación que responde a contextos sociales, políticos, económicos, culturales específicos de acuerdo a la semántica importada de los procesos modernos europeos (Mascareño 2020, p. 101).

La interrogación parte desde un presente que está compuesto de tiempos diversos que no coinciden, pero que se yuxtaponen unos con otros (Koselleck 1992, p. 48). Dentro de los tiempos del pasado y del presente, existió un tiempo para la literatura. Si bien muchas literaturas latinoamericanas del siglo XIX han sido objeto de innumerables estudios, el caso de la literatura ecuatoriana es muy diferente, ya que, apenas en las últimas décadas, se han ampliado a reflexiones no canónicas, ha sido objeto de reflexiones, relecturas e inclusive lecturas de textos que estaban en el olvido, como las realizadas por César Eduardo Carrión y Karina Marín.

A este marco literario-histórico debemos añadir las características particulares del contexto de producción de las obras: la modernización como proceso histórico y las literaturas menores (Deleuze & Guattari 1990, p. 29), que protagonizaron a América Latina en el siglo XIX. El surgimiento de los Estados y posteriormente de las naciones a partir de la ruptura con España, dejó en evidencia la heterogeneidad de estos

territorios y las disputas de los diferentes grupos criollos por ocupar los espacios de poder dejados por la Corona.

Los Estados Latinoamericanos surgen con algunas características comunes: el idioma, la religión, el racismo, la preocupación por pertenecer al mundo “civilizado”, la pretensión de “modernizarse” y el deseo de incorporarse al mercado mundial. A todas estas características comunes, Bolívar Echeverría las enmarca en un solo término: “blanquitud”, que va más allá del asunto étnico y que estará presente a lo largo de la historia de estas naciones (2009, p. 2) y es posible encontrarlas en la literatura del canon.

Los cuidados de este trabajo están ubicados en la literatura, la historia y la política. La literatura proporciona discursos y, a través de ellos, pretendo comprender las causas que guiaron a historiadores y críticos literarios a centrar todos sus estudios en dos obras canónicas y expulsar al resto de producción escrituraria, citando a Iván Carvajal, “fuera de la polis” (2022, p. 20). La hipótesis es que estas ficciones sobrevivientes son los vestigios de la nación.

Estado de la crítica

Durante más de un siglo, los críticos literarios no se preocuparon por reconstruir el archivo que dio origen a lo que entendemos como canon o, de forma popular, literatura ecuatoriana. Dentro de esa literatura ecuatoriana republicana, se incluyen obras escritas en el periodo colonial o literatura producida durante la Gran Colombia. No sólo se incluye la teoría generacional de la literatura, sino políticamente el paradigma genealógico del origen de la nación, es decir, la teoría que sostiene que nación y estado nacen juntos (Juan de Velasco 1843, p. 1).

Para muchos autores, las reflexiones sobre las naciones, nacionalismos y nacionalidades han sido agotadas. Sin embargo, para los estudios decoloniales, poscoloniales, coloniales o para la historia de la ideas es un debate vigente, pues es evidente que el pasado todavía tiene cuentas pendientes y permanentes con el presente.

Finalmente, como he señalado más arriba, el asunto tiene que ver con mi interés en reconstruir la historia literaria del siglo XIX considerando las diferentes regiones que se incluyeron dentro del estado ecuatoriano al momento de su creación en 1830. En cada región hay una forma de vida distinta, consecuencia de historias, modos de producción y contextos diferentes (Mascareño 2020, p. 106). Por tanto, hay diversas modalidades de *ethe modernos* que se ven plasmadas en la producción letrada y literaria de lo que hoy es el Ecuador (Echeverría 2008, p. 108). En el Ecuador la configuración de la nación y la presencia de los discursos literarios homogeneizadores son procesos que nacen con cierto retraso respecto del contexto latinoamericano.

Acercamiento a la *nación* y *ciudad letrada*

Muchos Estados Latinoamericanos se configuraron a partir de las ciudades fundadas por Castilla, ya sea sobre las ruinas de ciudades imperiales, sobre asentamientos indígenas o como lugares de avanzada del proceso de conquista y colonización de América. Posteriormente, estas ciudades se convirtieron en los centros periurbanos desde donde la Corona administraba sus dominios a través de virreynatos, reales audiencias, ciudades puerto, capitanías generales. A su vez, fueron los ejes administrativos, económicos, militares, religiosos, intelectuales... desde donde se implantaba la “civilización” a las diferentes regiones de las denominadas “Indias Occidentales”. Pero estos lugares no fueron homogéneos ni respondieron a los mismos intereses (Mascareño 2020, p. 107).

Es decir, las ciudades tuvieron mucha importancia en los sucesivos procesos de modernización de América Latina. Dentro de las ciudades hubo una élite intelectual encargada de mediar entre la Corona, sus diferentes instituciones y las poblaciones. A este grupo intelectual Ángel Rama ha denominado como la “ciudad letrada” que, al servicio de Castilla, era la responsable de establecer el marco jurídico, literario y político para la aplicación o no de las disposiciones imperiales en el nuevo mundo (1984, pp. 4-5).

Luego de los procesos de emancipación que se extendieron por toda América Latina en el siglo XIX, estos grupos letrados, que formaban parte de las *agencias criollas* (Mazzoti 2000, p. 14), pasaron a

ser el eje de la administración regional y presidieron los procesos que permitieron la creación de los nuevos Estados, ocupando lugares más preponderantes en la administración y reclamando para sí el gobierno directo en la mayoría de los casos.

Por lo tanto, me ocuparé de los grupos letrados y sus ideales de región o nación; en donde los sectores subalternos (Gramsci 1999, p. 152) han tenido diferentes formas de ser incluidos por las agencias criollas de acuerdo con los intereses de cada localidad: sea como sirvientes, esclavos, mitayos, huasipungueros, artesanos, etc.

Ciudad letrada

Han transcurrido más cuarenta años desde la muerte de Ángel Rama al igual que de la publicación póstuma de *La ciudad letrada*. El debate sobre la función de las élites intelectuales y su papel histórico en la configuración política de los estados latinoamericanos fue propuesto por Ángel Rama.

Desde mi perspectiva, en *La ciudad letrada* Rama pensó la historia de los procesos políticos de los intelectuales en América Latina, es decir, elaboró una genealogía de la historia del pensamiento latinoamericano a partir de las élites intelectuales de las grandes ciudades fundadas por la Corona en América. El texto es una lectura orgánica de las ciudades comprendidas como vehículos de construcción de la realidad y como mediadoras en los procesos de transculturación.

Para Ronela Adorno (1987) la *ciudad letrada* permite leer a las élites y sus sociedades complejas: “Por el contrario, el concepto de *ciudad letrada* se refiere a un conjunto de prácticas y de mentalidades que no formaban un solo discurso ideológico, sino que eran polivocales” (Adorno, 1987, p. 3). Adorno reconoce la importancia de *La ciudad letrada* para los estudios coloniales, ya que describe la forma en que, a través de la verticalidad institucional, se socializa el ordenamiento escriturario.

Concuerdo con Adorno cuando afirma que *La ciudad letrada*, nos ofrece un modelo de análisis basado en instituciones. Es evidente que

Rama pone su acento en las élites letradas al establecer que este grupo tiene control sobre la ciudad, y sus transformaciones históricas, desde donde los letrados se adecúan a los diferentes momentos históricos.

Por otra parte, Mabel Moraña, en su texto *Ilustración y delirio en la construcción nacional, o las fronteras de la “Ciudad letrada”*, diferencia entre los procesos emancipatorios en México o Perú con altas poblaciones y tradiciones indígenas y los de Caracas o Buenos Aires donde la “generación patriótica” tuvo un discurso emancipador con gran acogida debido a la mínima población indígena (p. 33). Moraña toma distancia de Rama y de Anderson, pues considera que sus propuestas estudian solo a las élites:

Moraña acierta cuando afirma que Rama centra su reflexión en el análisis de las élites; sin embargo, este análisis le permite comprender el rol de los intelectuales en el pensamiento político que proveyó de un marco teórico a la creación de las ciudades en Latinoamérica y la lectura de los procesos históricos en sus distintas etapas de modernización.

Posteriormente, Laura Catelli, que parte de los estudios decoloniales, sostiene que la *Ciudad letrada* se centra en las élites intelectuales, dejando de lado a la ciudad real. Adicionalmente, observa que Rama tampoco considera en su texto el proceso de “racialización” y las relaciones de poder. Anota que el texto de Rama no considera que muchas ciudades fueron fundadas sobre las ruinas de culturas indígenas, sobre tiangués, sobre templos, sobre imperios... Se establece lo que denomina Catelli (2020) como un principio de “tabula rasa”, es decir, que las ciudades no tenían ningún antecedente precolombino (pp. 45-46).

En *El nuevo mundo entre trazos y relatos* Carmen Perilli (2020) nos recuerda que la escritura formaba parte del poder imperial en donde las ciudades fueron importantes. La lectura de los procesos históricos para Perilli tienen un corte imperial por una identidad construida desde el ‘viejo mundo’. Es decir, Rama sigue en el mundo de los signos que perpetúan el poder de la razón ordenada en donde la escritura preexiste a la ciudad.

Se han puesto en evidencia los límites del texto de Rama para comprender a las ciudades reales, pues no se establece la relación entre sectores hegemónicos y subalternos. En este sentido, considero que Rama piensa a la ciudad real en tanto ha sido fruto del diseño de las agencias letradas, en donde no se consideran a los grupos subalternos, pues el objeto de estudio son las élites letradas y su influencia en los procesos políticos en Latinoamérica, que posteriormente, buscaron imponerse al resto de las regiones a través del discurso de la nación.

Pienso que la propuesta de Rama de *ciudad letrada* es un concepto problemático y sobrepasa el ámbito semántico, ya que desde mi perspectiva el concepto problematiza el rol de los intelectuales en el diagrama de la vida social y amplía el horizonte del pensamiento, pues dinamiza el debate sobre los intelectuales y su “servidumbre al poder” en la configuración de las ciudades latinoamericanas a partir del siglo XVI.

La *ciudad letrada* de Rama, por tanto, no es un concepto concreto o categoría sobre la realidad que busca dar cuenta de las ciudades concretas y sus particularidades históricas, sino que es un concepto teórico general que busca dar cuenta del rol de la intelectualidad criolla en el proceso de conquista y luego en el proceso de independencia y consolidación de los estados en Latinoamérica.

En definitiva, considero que Ángel Rama, en *La ciudad letrada* explicó los ideales sobre los cuales se fundaron y construyeron las ciudades latinoamericanas por parte de los españoles y sus posteriores procesos históricos y políticos, su preocupación no fueron momentos específicos, fue un planteamiento histórico. Sin embargo, Rama solo enuncia y no analiza a las ciudades puertos, ciudades capitales de reales audiencias, de capitanías generales etc., que también fueron importantes en la consolidación del poder colonial y posteriormente, adquirieron relevancia con la implementación de estados y naciones.

En otras palabras, Rama centra su preocupación en los grupos letrados de las ciudades virreinales. En este contexto: ¿qué sucede con los grupos letrados de las “otras ciudades” de menor importancia para la Corona? ¿Alcanzaron la categoría de *ciudades letradas* o fueron grupos letrados periféricos, ya que no tuvieron la trascendencia histórica

de *las ciudades* virreinales? ¿Qué sucede con los Estados que nacieron en el siglo XIX fruto de esos grupos letrados periféricos? ¿Acaso Rama pretende extender su razonamiento sobre las ciudades virreinales a los centros urbanos periféricos? Es más, las formas de actuar de grupos letrados de ciudades virreinales y periféricas no es congruente, sino que terminan por ser contradictorias y hasta incongruentes.

En Ecuador, la formulación de un proyecto nacional unificado se dificulta por la desarticulación de la ciudad letrada. En Quito, capital del Real Audiencia, durante el periodo colonial se había articulado una ciudad letrada periférica, que, en sucesivas relaciones con los diferentes centros virreinales –Lima o Santa Fe–, disputaba por adaptar o no las pautas administrativas del ordenamiento colonial. Desde la formación de profesonistas en la Universidad San Gregorio Magno y los diferentes entes de administración religiosa y civil, la ciudad letrada de Quito se desarrolló como un eslabón entre la palestra virreinal y la gobernación de corregimientos y obrajés.

Con el primer grito autonomista, que aprovechó la situación napoleónica de España, para declarar independencia administrativa, la reprimenda fue implacable. Tanto Guayaquil como Cuenca, Pasto, Lima, etc. enviaron tropas a desarticular esta propuesta que, de forma paradójica, terminó por desarticular a la ciudad letrada más fuerte de lo que actualmente sería territorialmente el Ecuador. Sin ese grupo que narre e imagine, toda propuesta de una nación masificada termina por convertirse en derrota; las ciudades letradas inferiores en el ordenamiento colonial deberían establecer las propuestas de nacionalización de sus relatos regionales en años futuros para articular una nación fragmentada, heterogénea. Ya sea por mano del Conde Ruiz de Castilla o Toribio Montes, no existió un grupo central que, años después, pensase a la nación ni administrarse el Estado.

Nación

Ecuador, a diferencia del resto de naciones latinoamericanas, no se desarrolla de forma centrada en un hipercentro urbano, como lo fueron Lima para Perú o Santa Fé para Colombia, o Ciudad de México para México. El exterminio de una *ciudad letrada* céntrica, ubica-

da geográficamente en Quito, fue una invitación a que los múltiples discursos regionales, al ver el espacio vacío, busquen hegemonizar su discurso hasta la categoría de nacional. Esto se ve revelado en que la mayoría de la producción escrituraria del siglo XIX no proviene de autores quiteños, sino de ciudadanos de otros centros urbanos de menor importancia administrativa como Ibarra, Ambato, Loja, etc.

Para finales del siglo XIX –quiero decir, entre 1875 con la muerte de García Moreno y 1895–, abundaban las variaciones de lo que, en primera instancia y provisionalmente, podríamos denominar como *proyectos nacionales*. Tales propuestas, derivadas de la producción escrituraria de las múltiples agencias criollas, se disputaban la legitimidad de administrar el naciente Estado ecuatoriano. Al contrario de lo propuesto por Enrique Ayala Mora, Ecuador no surge como un proyecto nacional criollo (2002, pp. 28-29) ni como gestación terrateniente (Quintero & Silva 1998, pp. 68-69), sino como el núcleo conflictivo de diferentes proyectos regionales que, mediante la producción escrituraria y procesos populares, se disputaban la articulación nacional como superación del mismo conflicto que las fundó.

Para 1875, ya estaba entredicha la efectividad del proyecto nacional conservador por la beligerancia política del surgimiento de un movimiento liberal de características mixtas (Echeverría 2017, p. 57). Sin embargo, la producción literaria –modalidad parcial de la producción escrituraria de la *ciudad letrada*– se encontraba en plena disputa por narrar a la nación a imagen y semejanza de quien la escribiese. Así como la constitución del cuerpo legal del Estado era disputada por conservadores y liberales, la producción literaria era otro campo de conflicto en el que se hacían palpables los diferentes proyectos organizativos o, al menos, la pretensión de nacionalizar un modelo de organización social determinado.

La nación es una institución eminentemente moderna que, en el siglo XVIII, sirvió de intermediaria entre un capitalismo con pretensiones universalistas y la incapacidad técnica de sostener tal proceso global (Echeverría 2008, p. 224). La nación se trata de un dispositivo civilizatorio que, como totalización parcial, reconcilia la relación problemática entre capitalistas y proletarios (Echeverría 2017: pp.250-251),

ya que unifica la contradicción del sistema de reproducción social con arreglo capitalista y convierte a la población propietaria en una masa de “sujetos legítimos”. Esta lectura, eminentemente economicista, perfila de forma parcial el surgimiento de los estados nacionales en Europa, pero requiere de adaptaciones específicas para poder aplicarse a los Estados de América Latina.

En primera instancia, las naciones no surgen de forma paralela a los Estados. En su lugar, surgen de forma posterior como discurso aglutinador y legitimador de la identidad de las comunidades que se ven administradas por el Estado; primero surge el sistema de administración de la vida social y, posteriormente, los discursos de legitimidad e identidad que sostienen a la nación (Palti 2006, pp. 50-51). La postura de que la nación y Estado surgen de forma paralela –en las cuales Bolívar Echeverría, Enrique Ayala Mora, Érica Silva y Rafael Quintero se adhieren– se insertan en un conjunto de discursos que, según Elías Palti, cabe nombrar como “versiones genealógicas de la nación” (2006, p. 29).

Economicista y genealogista, la lectura de la nación de Bolívar Echeverría se desprende de un valoración organicista sobre el contrato social entre proletarios y capitalistas como “propietarios privados” (2017, p. 251) para impulsar una modalidad específica del sistema de reproducción social, siempre con características capitalistas (2017, p. 259). El estado nacional resulta del proceso de negociación entre varias modalidades funcionales de reproducción capitalista en que se impone una como acuerdo entre toda la comunidad política (2011, pp. 226-227), que, en su fondo, es el acuerdo desigual entre propietarios privados, por imponer su articulación de *ethe moderno* sobre el resto de los pobladores. La apropiación del discurso nacional conlleva los peligros de ingresar al mercado global y caer en los peligros de la negociación inter-nacional (1998, p. 165).

La nación, antes que una unidad estable, se trata de un espacio de contingencia donde la comunidad política –una entre tantas de características sociales similares– consume identidades pequeñas y desterritorializadas hasta que no ingresen al gran consenso de la comunidad política (Rancière 2019, p. 53). Todo Estado nacional tiene caracterís-

ticas plurinacionales en tanto que se alimenta de diferentes modos de supervivencia ante el capitalismo global –quiero decir, los múltiples *ethe modernos*– y de que invisibiliza, en última instancia, la lógica de la explotación del capitalista (Echeverría 2017: pp-250-251). La nación, desde esta intersección entre la lectura economicista y genealogista, no considera los modos de narración cultural que describen este mismo objeto.

Para Benedict Anderson, la nación es un artefacto cultural (2006, p. 22). La nación es la comunidad imaginada en que los sujetos perfilan la identidad que un grupo social les exige tener de forma plena; a su vez, se trata de un espacio imaginado en tanto que los límites de la nación no son visibles de forma plena para ninguno de los sujetos que conforman la comunidad social de la nación: un hombre no va conocer a todos sus compatriotas, ni todo el territorio o los límites fácticos de la realidad nacional (Anderson 2006, pp. 23-24). Tal parentela entre todos los compatriotas radica en que son copartícipes de un relato de origen particular (2006, pp. 28-29), se familiarizan como miembros de un mismo bloque histórico que los ampara y protege.

La historia, cultura y religión son factores contingentes que unen de forma identitaria a las naciones y sus integrantes. La nación, en concordancia con lo propuesto por Echeverría en su lectura, es un proceso inserto a la modernidad no solo por su periodización histórica, sino por el rol que cumple dentro del proceso civilizatorio de la modernidad como entramado semántico de un periodo determinado (1998, p. 142). La nación unifica los modos técnicos –descritos por la apología de la economía política– y los procesos culturales relacionados con la identidad que describen ambos autores como dos caras de una misma moneda. Se disponen a unificar a la población de forma paralela mediante diferentes niveles de intervención civilizatoria.

Ambas propuestas sostienen una invitación al futuro: para Echeverría, la conformación del Estado nacional siempre es provisional en tanto que solo es un sustituto de la incapacidad técnica del capitalismo de organizarse de forma global y directa (2011, p. 228), pero también se conforma de la promesa implícita de la desaparición del estado nacional ante el surgimiento de un capitalismo global que descoloque a

los ordenamientos regionales y unifique a la humanidad en solo sistema de reproducción con arreglo capitalista. Se trata de un proceso determinista que el capitalismo reproduce y solo puede frenarse desde las disidencias discursivas de una “teoría crítica” desarrollada desde el interior del entramado semántico del capitalismo, como transición histórica (Echeverría 2017, p. 90).

Para Anderson, la nación se encuentra en la construcción del dispositivo cultural como institución legitimada por la historia, pero no en la conformación de los planos de posibilidad en que se puede proyectar la comunidad imaginada al futuro (Bhabha 2010, p. 13). La nación, desde un plano cultural, también implica la narración de un futuro promisorio –virtuoso en tanto que cumple con la excitación final de los valores instituciones que la sostienen– y la amenaza de una ruptura de la encarnación virtuosa (Bhabha 2010, p. 386). El futuro de la nación, su profecía, siempre está en vilo, siempre se encuentra en una disputa por gestarla de la forma más exitosa en tanto que expresa las particularidades de una comunidad específica.

La conformación de la nación como la forma más conflictiva del pronombre “nos-otros”, ya sea en un plano económico o cultural, expresa, de forma meramente gramatical, el imperio civilizatorio de una modernidad que se infiltra en cada uno de nosotros por varios frentes y que puede historiarse de forma específica en cada caso histórico. Tal proceso se relaciona de forma íntima con la producción escrituraria dentro de los proyectos nacionales.

***Cumandá* (1879) y *La emancipada* (1863)**

En ese contexto, tanto *Cumandá* de Juan León Mera (Ambato) como *La emancipada* de Miguel Riofrío (Loja) expresan el intento de, por un lado, llenar la ausencia generada por el asesinato de la ciudad letrada de Quito y, por otro, trascender su producción discursiva hasta el punto de convertirla en el discurso coordinador del proyecto nacional. Ambas novelas coinciden en que la nación debe gestarse como proyecto, en primera instancia, católico y blanco; alrededor de estos dos valores, giran el resto de valores nacionales como: civilizado, terrateniente, modernizador y racista.

Sin embargo, la similitud de ambas obras se diluye en las estructuras y los matices específicos que cada obra desglosa. *La emancipada* (1863) es una advertencia alegórica a la comunidad política: el destino de Rosaura –la nación–, si se aleja de los valores cristianos, familiares y terratenientes, es indefectiblemente la pérdida de la virtud –expresada en la prostitución de Rosaura– y luego la muerte. Es una advertencia radical a que la nación puede gestarse de una forma determinada o, caso contrario, el destino es el exterminio y la miseria moral.

Para Riofrío, la nación es un determinismo necesario para el control institucional de las pulsiones de los personajes. Ante la inminente barbarie, expuesta por el discurso colonial de la dominación histórica, las estrategias de organización social del Estado deben rotar alrededor de la articulación de proyectos específicos de control racial que sostengan y limiten los límites morales de la comunidad política. La erótica alrededor de la actividad política de restricción se convierte en modelo de restricción social en tanto que su modelo alegórico de control biopolítico en el cuerpo de Rosaura.

Para expresar estas valoraciones alegóricas, el estilo de la novela es el realismo en tanto que, mediante el asco causado por la descripción escandalosa de los hechos, puede invitar al lector a reflexionar sobre el terrible destino que le aguarda si no cambia su camino. La técnica cumple un rol político en la intención discursiva de la ciudad letrada: o se realiza a la nación como proyecto católico o la destrucción espera a la vuelta de la esquina. Rosaura es la advertencia literaria del mal uso del libre albedrío que los Estados nacionales otorgan, la manifestación de una advertencia biopolítica tanática.

Cumandá (1877) de Juan León Mera no difiere en la propuesta de nación, sino que desglosa de forma particular lo desarrollado. La novela de Mera rota alrededor de dos puntos de fuga: el tabú y el escape. En primera instancia, el autor busca escapar de las disputas regionales y, para lograr su objetivo, retira la historia a un paraíso adámico donde puede reconstruir la nación de forma libre. De este modo, el autor desarrolla una propuesta de nación alejada de las disputas para que, al menos en apariencia, no parezca una reconstrucción intencional de la comunidad política, sino el descubrimiento de un ordenamiento

natural, organicista a lo Herver (Agoglia 1988, p. 41), en el que debe insertarse el ser humano.

La obra de Mera condena de forma tajante el mestizaje. La relación entre Cumandá y Carlos nunca se consuma porque, si pasase, se realizaría como incesto. La mezcla, incluso en un plano aparente, entre los modelos de blanquitud e indianidad no deben mezclarse en detrimento de la invisibilización de la población que conforma la nación. Los mestizos se encuentran en un limbo donde, a pesar de no encontrarse identificado con ninguno de ambos grupos de forma total, se ven destinados a buscar blanquearse y ser rechazados de forma tajante por esa misma blanquitud que los invisibiliza, pero no los acoge como sujetos plenos.

De forma particular, la realización de *Cumandá* rompe con la lógica básica, propuesta por Doris Sommer en *Ficciones fundacionales* (2004). No existe una relación erótica y política que, a través de la realización de las funciones reproductivas, pueda gestar a la nación. La concatenación reproductiva es, para Summer, la forma infranqueable en que los grupos sociales acuerdan su estabilidad dentro de la inserción de la lógica moderna en el siglo XIX. Sin embargo, el muro infranqueable del incesto se convierte en el espacio liminar que impide la realización de *Cumandá* como parte de las ficciones fundacionales latinoamericanas.

Conclusiones

Estas dos novelas son el resultado de las propuestas de los grupos letrados regionales de Ambato y Loja. Es decir de la Sierra Sur y Centro (según Manguashca). El grupo letrado periférico regional nunca vio en este género una herramienta civilizadora. *Cumandá* tuvo una gran trascendencia en la historia de la literatura ecuatoriana, pues durante casi un siglo fue considerada “la novela” ecuatoriana por la crítica, para muchos la única novela (debido a la falta de trabajo de archivo). En el caso de *La Emancipada* su aparición es tardía pero no deja de ser importante.

La disimilitud entre los diferentes grupos que se propugnaban por reconstruir un relato nacional desde las ruinas de la destrucción de

un centro periférico, como lo fue la ciudad letrada de Quito, describe un conjunto de trayectorias históricas en fuga. El centro de esa sucesión ordenada de causas y conflictos, somos nosotros como proyección social de lo que, de una u otra forma, marca la conformación de la comunidad política actual. En palabras del poeta chileno Raúl Zurita: “somos lo que no terminó, signo de una continuación conflictiva que, en última instancia, es el único argumento de tener un lenguaje articulado: la memoria”.

Bibliografía

- Adorno, R. (1987). *La “ciudad letrada” y los discursos coloniales*. *Hispanoamérica*, 16(48).
- Anderson, B. (2016). *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica.
- Araujo, D., et al. (2002). *Historia de las literaturas del Ecuador*. Corporación Editora Nacional.
- Ayala Mora, E. . (2002). Centralismo y descentralización en la historia del Ecuador: del pasado a la situación actual. *Procesos. Revista Ecuatoriana De Historia*, 1(19), 203-221. <https://doi.org/10.29078/rp.v1i19.269>
- Benjamin, W. (s. f.). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. UNAM.
- Bhabha, H. (2010). *Nación y narración: Entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales*. Siglo XXI.
- Carvajal, I. (2022). Echeverría: Discurso crítico desde una perspectiva latinoamericana. En *Consideraciones sobre la modernidad americana*. Curiquingue.
- Catelli, L. (2020). *La ciudad letrada y los estudios coloniales: Perspectivas descoloniales desde la “ciudad real”*. *Vanderbilt e-Journal of Luso-Hispanic Studies*.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (1990). *Kafka: Por una literatura menor*. Era.
- Derrida, J. (1986). *La gramatología*. Siglo XXI.
- Echeverría, B. (1998). *La modernidad de lo barroco*. Era / UNAM.
- Echeverría, B. (2008). El ethos barroco y los indios. *Sophia*.
- Echeverría, B. (2009). “Blanquitud”: Consideraciones sobre el racismo como fenómeno específicamente moderno. International Conference on Modernity, Universität Wien. <http://www.bolivare.unam.mx>
- Echeverría, B. (2011). *Modernidad y capitalismo (15 tesis)*. Ministerio Coordinador de la Política.
- Maiguashca, J. (1994). *Historia y región en el Ecuador: 1830-1930*. FLACSO.
- Mera, J. L. (1998). *Cumandá o un drama entre salvajes*. Cátedra.
- Moraña, M. (2014). *Para una crítica de la modernidad capitalista*. Corporación Editora Nacional.

- Palti, E. (2001). *La nación como problema: Los historiadores y la cuestión nacional*. Academia.
- Perilli, C. (2020). El nuevo mundo entre trazos y relatos. En *Modernidad, Colonialidad y Escritura en América Latina*. EDUNT.
- Quintero, R., & Silva, E. (1998). *Ecuador: Una nación en ciernes*. Abya Yala.
- Rama, Á. (1984). *La ciudad letrada*. Ediciones del Norte.
- Rancière, J. (2019). *Los bordes de la ficción*. Edhasa.
- Riofrio, M. (2009). *La emancipada*. Stockcero.
- Sommer, D. (2004). *Ficciones fundacionales: Las novelas nacionales en América Latina*. Fondo de Cultura Económica.